

El Mesías, de Georg Friedrich Haendel

Texto al esquema instrumental

El conjunto vocal-instrumental previsto por Haendel para el estreno de su oratorio *El Mesías*, es bastante reducido y falto de una buena parte de los instrumentos de utilización generalizada en las orquestas de su época. Por lo que respecta a la familia del viento-madera únicamente se requieren dos oboes y un fagot, éste último formando parte del bajo continuo, y lo mismo pasa con el viento-metal, del cual sólo están presentes dos trompetas; de los instrumentos de percusión son los timbales los únicos utilizados y en cuanto a la cuerda, se sabe que, tanto los violines primeros como los segundos, no pasaban de seis u ocho, las violas podrían ser cuatro o cinco, y la familia se completaba con dos violonchelos y dos contrabajos. A esta plantilla no le podía faltar el clave o el órgano, utilizados siempre como sostenimiento de la armonía mediante lo que se denomina el bajo continuo. Haendel, en este caso, utilizó las posibilidades de ambos instrumentos. También el coro fue de dimensiones reducidas, pues estaba formado por treinta y dos voces.

Si comparamos estas proporciones con los planteamientos orquestales de la época, es fácil concluir que Haendel fue extremadamente parco en la utilización de los diferentes timbres que podría obtener de una paleta orquestal más variada. Aún más, la mayor parte de los números que constituyen el oratorio se fundamentan en el bajo continuo y en la cuerda, que no siempre es utilizada al completo, acompañando a las voces solistas o al coro. Tanto los oboes como las trompetas aparecen muy dosificados a lo largo de la obra y en números muy concretos, y lo mismo ocurre con la intervención de los timbales.

Sin embargo, esta sobriedad de medios es la que proporciona al oratorio una gran unidad y equilibrio y le dota, además, de unas grandes posibilidades expresivas y dramáticas. La grandiosidad que emana de *El Mesías* parte más de su perfecta estructuración interna y de la exquisita música que lo conforma que de los medios puestos en juego para su interpretación. Esta cuestión, no obstante, no se ha tenido en cuenta en multitud de ocasiones y, desde antiguo hasta hoy en día, los montajes de la obra con una desmesurada cantidad de intérpretes es puesta en práctica en un afán, totalmente inútil, de hacer a esta música más grandiosa o solemne de lo que ya es. Algunos ejemplos notables de estas exageraciones se produjeron incluso en vida de Haendel, en contra de su voluntad. En 1784, *El Mesías* se interpreta en la Abadía de Westminster por un conjunto formado por doscientos cincuenta y cuatro instrumentistas y doscientos setenta y cuatro cantantes, bajo la dirección de Joah Bates, y en 1812, los Amigos de la Música de Viena organizaron un concierto en el que la obra fue ejecutada por trescientos dos instrumentistas, de los cuales ciento veintidós eran violinistas, y doscientos ochenta y siete cantantes.

Un caso singular, que afecta no al número si no a la propia instrumentación de la obra, lo encontramos en el arreglo que, en 1789, fue realizado por Mozart, que no tuvo ningún reparo en reorquestarlo añadiendo instrumentos de viento a la partitura original.

Luis de la Barrera